

1602

Todo el mundo tiene algún secreto. Como hace una ostra con un grano de arena, lo enterramos a gran profundidad en nuestro interior y lo cubrimos con capas opalescentes, como si eso pudiera curar nuestra herida mortal. Algunos de nosotros dedicamos la vida entera a mantener oculto un secreto, a salvo de quienes intentan entrometerse y atesorándolo como si fuera una perla, solo para acabar descubriendo que se nos escapa cuando menos lo esperamos, revelado por un destello de miedo en los ojos cuando nos pillan desprevenidos, por un dolor repentino, rabia u odio, o por una vergüenza que lo consume todo.

No hay nada que no sepa sobre secretos. Secretos sobre secretos, blandidos como armas, como ataduras,

como palabras cariñosas susurradas a la cabecera de la cama. La verdad por sí sola nunca es suficiente. Los secretos son la esquina de nuestro mundo, la moneda con la que construimos nuestro edificio de grandiosidad y mentiras. Necesitamos usar nuestros secretos como hierro para nuestros escudos, brocados para nuestros cuerpos, y velos para nuestros miedos: engañan y reconfortan, protegiéndonos siempre del hecho de que, al final, nosotros también debemos morir.

«Escríbelo todo — me dice ella —, hasta la última palabra».

En el invierno de nuestras vidas, a menudo nos sentimos así, como dos insomnes crónicos ataviados con ostentosas prendas anticuadas. El tablero de ajedrez o la baraja de cartas se quedan olvidados encima de la mesa, y ella desvía los ojos (que siguen siendo leoninos y están siempre alerta después de tantos años, aunque el tiempo haya ajado su rostro) hacia un lugar que solo ella conoce y donde esconde un secreto que debe llevarse consigo a la tumba.

Ahora también yo lo sé y quizás siempre lo haya sabido.

«Escríbelo — me dice ella —, para que te acuerdes cuando me haya ido».

Como si alguna vez pudiera olvidarlo...

Capítulo 1

Whitehall, 1553

Como todo lo importante en la vida, mi historia empieza con un viaje, a Londres, para ser exactos. Aquella sería mi primera visita a la más fascinante y sórdida de las ciudades.

Salimos dos hombres a caballo antes de romper el alba. Nunca me había alejado más allá de Worcestershire, de manera que las órdenes con las que llegó Shelton fueron de lo más inesperado.

Apenas tuve tiempo de empaquetar mis pocas pertenencias y despedirme de los criados (incluida la dulce Annabel, que lloró como si se le rompiera el corazón) antes de salir a caballo del castillo de Dudley, donde había pasado mi vida entera, sin saber cuándo volvería, si es que lo hacía alguna vez.

Aunque mi emoción y ansiedad deberían haber bastado para mantenerme despierto, enseguida empecé a cabecear de sueño, acunado por la monotonía del paisaje rural que recorriamos y por la reconfortante cadencia del paso de mi caballo ruano, Cinnabar.

El señor Shelton me despertó de pronto.

—Brendan, chico, despierta. Ya casi hemos llegado.

Me enderecé sobre la montura. Desperezándome de la cabezada, alargué la mano para recolocarme el gorro, pero solo di con mi mata enmarañada de pelo castaño rojizo claro. Cuando había venido a buscarme, el señor Shelton ya había fruncido el ceño por lo largo que lo llevaba, mientras mascullaba que los ingleses no deberían andar por ahí sin esquilarse como los franceses. Así que, ahora, seguro que no le haría ninguna gracia que hubiera perdido la gorra.

—Oh, vaya —dije mirándolo.

Me observó impasible. Una cicatriz fruncida le recorría la mejilla izquierda y le estropeaba sus duras facciones. No obstante, tampoco importaba demasiado. Archie Shelton nunca había sido un hombre apuesto. Aun así, tenía una altura imponente, montaba a lomos de su corcel con autoridad y su capa con el emblema del oso y el cayado denotaba su estatus de mayordomo de la familia Dudley. A cualquier otra persona, su mirada de granito le habría resultado inquietante; sin embargo, yo había acabado acostumbrándome a su actitud taciturna, puesto que había estado a su cuidado desde que llegó al servicio de los Dudley ocho años antes.

—Se te cayó hace una legua —dijo tendiéndome el gorro—. Desde mis años en las guerras de Escocia, no había visto a nadie dormir tan profundamente encima de un caballo. Cualquiera diría que has estado en Londres un centenar de veces antes.

Noté cierto regocijo en su reprimenda, lo que confirmó mis sospechas de que, en su fuero interno, se alegraba de ese repentino cambio de mi suerte, aunque no era propio de él discutir sus sentimientos personales sobre ninguna orden del duque o de lady Dudley.

—No puedes ir perdiendo el gorro por la corte —dijo mientras volvía a ponerme el sombrero de una palmada en la cabeza, con la mirada fija en el camino, moteado por el sol, que ascendía hacia una colina.

—Un escudero debe estar atento en todo momento a su apariencia. —Me miró—. Milord y milady esperan mucho de sus criados. Confío en que recuerdes comportarte con tus mejores modales.

—Por supuesto. —Eché los hombros hacia atrás y dije recitando en tono servil—: Siempre que sea posible, es mejor guardar silencio y no levantar la mirada cuando te hablen. Si no estás seguro de cómo dirigirte a alguien, un simple «milord» o «milady» bastará. —Hice una pausa—. ¿Veis? No lo he olvidado.

El señor Shelton respondió:

—Ya veo que no. Vas a ser escudero del hijo de Su Excelencia, lord Robert, y no quiero que desaproveches la oportunidad. ¿Quién sabe qué podría pasar si destacaras en ese puesto? Podrías llegar a chambelán o incluso a mayor-

domo. Todo el mundo sabe que los Dudley recompensan a quienes les sirven bien.

En cuanto pronunció esas palabras, me pregunté cómo no me había dado cuenta antes.

Desde que lady Dudley se fuera a vivir con su familia a la corte todo el año, enviaba al señor Shelton dos veces al año al castillo donde me había quedado junto a un pequeño grupo de sirvientes. Aparentemente, venía a supervisar nuestro mantenimiento, pero mientras que mis obligaciones hasta entonces se habían reducido a los establos, empezó a asignarme tareas en la casa y, por primera vez, me pagó una suma modesta. Incluso trajo a un monje local para darme clases, uno de los miles de Inglaterra que mendigaban y se ganaban la vida ofreciendo sus servicios a cambio de sustento después de que el viejo rey Enrique aboliera los monasterios.

Los sirvientes del castillo de Dudley pensaban que el mayordomo de milady era un hombre estirado, frío y solitario, puesto que no se había casado nunca y no tenía hijos; no obstante, conmigo había mostrado una bondad inesperada. Ahora sabía por qué.

Quería que yo fuera su sucesor, una vez que la avanzada edad o la enfermedad lo obligaran a retirarse. Sin embargo, yo no aspiraba a ese cargo, puesto que conllevaba ocuparse de pesadas obligaciones domésticas para las que lady Dudley no tenía ni tiempo ni ganas. Aunque, desde luego, era el mejor futuro al que alguien en mi situación podía aspirar, prefería seguir en el establo que convertirme en un lacayo privilegiado dependiente de la

tolerancia de los Dudley. A los caballos al menos los entendía, mientras que el duque y su mujer eran extraños para mí, en todos los sentidos de la palabra. No obstante, como no quería parecer un ingrato, asentí con la cabeza y murmuré:

—Sería un honor llegar a merecer un puesto así algún día.

La cara del señor Shelton se iluminó con una sonrisa desdentada. No era un gesto habitual en él, así que me sorprendió.

—¿Ah sí? Eso me imaginaba. Bueno, habrá que esperar y ver qué pasa, ¿no?

Le respondí sonriéndole. Servir como escudero de lord Robert suponía un reto suficientemente importante como para tener que preocuparme también de la posibilidad de llegar a mayordomo en el futuro. Aunque no había visto al tercer hijo del duque desde hacía años, teníamos una edad similar y vivimos juntos de niños.

En realidad, Robert Dudley había sido mi perdición. Incluso de niño, era el más apuesto y talentoso de los hijos de los Dudley, y destacaba en todo lo que se proponía, ya fuera en tiro con arco, música o baile. También abrigaba un henchido orgullo que surgía de la conciencia de su superioridad. En definitiva, era un abusón que disfrutaba guiando a sus hermanos en juegos entusiastas consistentes en «pegar-al-expósito».

Por muy bien que me escondiera o por mucho que luchara con uñas y dientes cuando me atrapaban, Robert siempre podía conmigo. Ordenaba a su banda de hermanos

matones que me tiraran al foso lleno de basura o que me colgaran sobre el pozo del patio, hasta que mis gritos se convertían en sollozos y mi amada señora Alice acudía corriendo en mi auxilio. Me pasaba la mayoría del tiempo trepando a árboles o escondido en desvanes aterrorizado. Entonces, enviaron a Robert a la corte para que sirviera como paje del joven príncipe Eduardo. Una vez que sus hermanos fueron enviados a puestos similares, descubrí una nueva vida libre de su tiranía que fue inmensamente bienvenida.

Ahora, me costaba creer que fuera a servir a Robert, y a las órdenes de su madre, nada menos. Pero, por supuesto, las familias nobles no albergaban a desgraciados como yo por caridad, siempre había sabido que llegaría el día en que me llamarían para pagar mi deuda.

Mi cara debía reflejar aquellos pensamientos, porque Shelton se aclaró la garganta y dijo torpemente:

—No tienes de qué preocuparte. Lord Robert y tú sois hombres hechos y derechos ya; solo debes preocuparte de cuidar tus maneras y hacer lo que se te pida, y todo te irá bien, ya verás. —En otra extraña muestra de sensibilidad, alargó el brazo para darme unas palmaditas en el hombro—. La señora Alice estaría orgullosa de ti. Siempre pensó que llegarías a algo.

Sentí una opresión en el pecho. Volví a verla en mi imaginación, moviendo el dedo hacia mí en un gesto de reproche, mientras su olla de hierbas burbujeaba en el hogar y yo me quedaba embelesado, con la boca y las manos pegajosas de la mermelada recién hecha.

«Debes estar siempre listo para grandes cosas, Brendan Prescott —me decía a veces—. Nunca sabemos cuándo nos llegará la posibilidad de mejorar nuestra suerte».

Aparté la mirada, fingiendo que ajustaba las riendas. El silencio se prolongó, roto solo por los rítmicos clip-clop de los cascos sobre el camino de adoquines y barro cocido.

Entonces, el señor Shelton dijo:

—Espero que te vaya bien la librea. No te iría mal tener un poco más de carne sobre esos huesos, pero tienes una buena postura. ¿Has estado practicando con la pica como te dije?

—Todos los días —repliqué.

Me obligué a levantar la mirada. El señor Shelton no tenía ni idea de qué más había estado practicando en los últimos años.

La señora Alice fue la primera en enseñarme a leer. Era un caso extraño: la hija educada de unos mercaderes que pasaron por una mala racha; así, aunque había aceptado un puesto en el servicio de los Dudley para, como solía decir, «mantener unidas su carne y su alma», siempre me repetía que el único límite de nuestra mente es el que nosotros mismos nos imponemos. Por tanto, después de su muerte, juré proseguir con mis estudios en su memoria. Agasajé al monje de aliento acre que el señor Shelton contrató para mí con un entusiasmo tan adulator que, antes de darme cuenta, el monje me estaba guiando por las complejidades de Plutarco. A menudo me quedaba despierto toda la noche leyendo libros que sacaba a escondidas de la biblioteca de los Dudley. La familia había

comprado baldas enteras de volúmenes, pero básicamente como ostentación de su riqueza, ya que los chicos Dudley se jactaban más de sus habilidades en la caza que de cualquier otro talento que tuviera que ver con la pluma. Para mí, al contrario, aprender se convirtió en una pasión. En esos tomos mohosos descubrí un mundo sin límites, donde yo podía ser quien quisiera.

Reprimí una sonrisa. El señor Shelton también era un hombre instruido, tenía que serlo para cuadrar las cuentas de la casa. No obstante, siempre le gustaba decir que no aspiraba a nada más que al puesto que ya ocupaba en la vida y que tampoco toleraría semejante presunción en los demás. En su opinión, ningún sirviente, por muy diligente que fuera, debía aspirar a ser versado en las filosofías humanísticas de Erasmo o en los ensayos de Tomás Moro, y mucho menos a saber con fluidez francés y latín. Si hubiera sabido el rendimiento que había sacado al tutor pagado por él, dudo mucho que lo hubiera aprobado.

Seguimos avanzando en silencio colina arriba. Conforme el camino se abría paso a través de un valle sin árboles, me llamó la atención la vacuidad del paisaje, acostumbrado como estaba a la exuberancia de las Midlands. No estábamos demasiado lejos y, aun así, sentía que entrábamos en un reino extranjero.

El humo manchaba el cielo como una huella. Vislumbré dos colinas gemelas y después unos muros enormes que se levantaban alrededor de una extensión de viviendas, chapiteles, mansiones junto al río y un entramado de calles sin fin, todo ello dividido por la ancha franja del Támesis.

— Ahí está — dijo el señor Shelton —: la ciudad de Londres. Ya verás como pronto añorarás la paz del campo, si es que los maleantes o la peste no acaban contigo primero.

Me resultaba imposible apartar la mirada. Londres era tan densa y siniestra como había imaginado que sería, con milanos volando en círculo sobre ella como si el aire estuviera lleno de carroña. No obstante, conforme nos acercamos más y llegamos junto a esos muros serpentinos, atisé pastizales salpicados de ganado, franjas de hierba, huertos y prósperas aldeas. Parecía que Londres conservaba aún suficiente rusticidad para elogiarla.

Llegamos a una de las siete puertas de la ciudad. No quería perderme ni un detalle de todo lo que veía. Me quedé mirando fascinado a un grupo de mercaderes vestidos con excesiva elegancia a bordo de un carro tirado por bueyes, a un hojalatero que cantaba y que llevaba un estruendoso carro de cuchillos y corazas, y a la multitud de mendigos, aprendices, hacendosos maestros artesanos, carniceros, curtidores y peregrinos. Diversas voces chocaban y discutían con los guardianes de la puerta, que no dejaban avanzar a nadie. Cuando el señor Shelton y yo nos unimos a la cola, levanté la mirada a la verja que se cernía sobre nosotros, con sus enormes torres y almenas ennegrecidas por la suciedad.

Me quedé congelado. Desde lo alto de unos postes, una fila de cabezas hervidas y con las cuencas vacías miraban hacia abajo: todo un festín cartilaginoso para los cuervos, que desgarraban la carne rancia.

A mi lado, el señor Shelton murmuró:

—Papistas. Su Excelencia ordenó que expusieran sus cabezas como aviso.

Los papistas eran católicos. Creían que el Papa de Roma, y no nuestro soberano, era la cabeza de la Iglesia. La señora Alice era católica. Aunque de acuerdo con la ley me había educado en la fe reformista, la veía rezar todas las noches con su rosario.

En ese momento, me impresionó lo lejos que estaba del único sitio que había considerado mi hogar. Allí, todo el mundo hacía la vista gorda a la fe que practicaban los demás. Nadie se preocupaba por informar a la justicia local o los problemas que conllevara. En cambio, en Londres parecía ser motivo para que un hombre pudiera perder la cabeza.

Un guardia de apariencia descuidada avanzó torpemente hacia nosotros, secándose las manos grasientas en la ropa.

—No puede entrar nadie —ladró él—. Las puertas están cerradas por orden de Su Excelencia. —Hizo una pausa, y miró de reojo el blasón de la capa del señor Shelton—. ¿Sois vos uno de los hombres de Northumberland?

—Soy el mayordomo jefe de su mujer. —Shelton sacó un rollo de papeles de su alforja—. Aquí tengo unos salvoconductos para mí y el chico. Nos esperan en la corte.

—¿Ah, sí? —El guardia lo miró con desconfianza—. Bueno, aquí hasta la última alma miserable dice que lo esperan en alguna parte. La chusma está contenta con todos esos rumores sobre la enfermedad mortal de Su Majestad y ese disparate sobre la princesa Isabel cabalgando por Lon-

dres. —Lanzó un escupitajo al barro—. Menuda panda de idiotas. Serían capaces de creerse que la Luna está hecha de seda si hubiera suficientes personas dispuestas a jurarlo. —Ni siquiera se molestó en comprobar los papeles—. Yo, en vuestro lugar, me mantendría lejos de las multitudes —dijo, mientras nos hacía señas para que pasáramos.

Cruzamos la verja de la puerta. Detrás de nosotros oí los gritos y las protestas de quienes seguían sin poder avanzar. El señor Shelton guardó de nuevo los papeles en la alforja. Al abrirse la capa, atisbé una espada que llevaba colgada de una correa a la espalda. La visión del arma me fascinó por un momento. Furtivamente me llevé una mano al puñal que llevaba en el cinturón, y que el propio Shelton me había regalado al cumplir catorce años.

Me atreví a preguntar:

—¿Su Majestad, el rey Eduardo..., se muere?

—Por supuesto que no —replicó el señor Shelton—.

El rey ha estado enfermo, eso es todo, y la gente culpa al duque de ello, del mismo modo que lo responsabilizan de todo lo que va mal en Inglaterra. Muchacho, recuerda que el poder absoluto tiene un precio. —Apretó la mandíbula—. Ahora, no bajas la guardia. Nunca se sabe cuándo puedes tropezarte con un bellaco capaz de cortarte el cuello por la ropa que llevas puesta.

No me costaba creerlo. Londres no era en absoluto como había pensado. En lugar de las avenidas ordenadas y flanqueadas por comercios de mi imaginación, atravesábamos una verdadera maraña de calles retorcidas llenas de montones de basura y con callejones paralelos que ser-

penetraban hasta desembocar en rincones sumidos en una oscuridad siniestra. Sobre nuestras cabezas, filas de edificios ruinosos se apoyaban unos contra otros, como árboles talados, y sus galerías destartadas se amontonaban bloqueando la luz del sol. La zona estaba inquietantemente tranquila, como si todo el mundo hubiera desaparecido. El silencio resultaba todavía más desconcertante después del clamor que habíamos dejado atrás.

De repente, el señor Shelton se detuvo:

—Escucha.

Todos mis sentidos se pusieron en alerta. Oí un sonido apagado que parecía provenir de todas partes a la vez.

—Procura agarrarte —me avisó Shelton.

Cogí con más fuerza las riendas de Cinnabar y lo aparté momentos antes de que una avalancha de gente invadiera la calle. Su aparición fue tan inesperada que a pesar de la fuerza con la que lo agarraba, Cinnabar empezó a retroceder. Temiendo que pisoteara a alguien, me deslicé del sillín para agarrar la brida.

La multitud se arremolinó a nuestro alrededor. Era ensordecedoramente ruidosa, heterogénea y apestaba a sudor y a alcantarilla. Me sentí como una presa. Iba a coger la daga del cinturón, cuando entendí que nadie me prestaba atención. Miré al señor Shelton, que seguía subido a su enorme caballo zaino. Me gritó una orden indecifrible. Estiré el cuello para intentar oírlo por encima del ruido de la multitud.

—Vuelve a subirte al caballo —gritó de nuevo.

Casi perdí el equilibrio cuando la multitud avanzó en tropel. Antes de que la multitud nos arrastrara, solo pude subirme a Cinnabar; después nos condujeron a toda velocidad por un estrecho paso y acabaron empujándonos junto a la orilla del río.

Tiré de Cinnabar para que se detuviera. Ante mí, cubierto de algas, corría el Támesis como jaspe líquido. Río abajo, una construcción de piedra envuelta en la niebla dominaba intimidante el paisaje.

Avancé lentamente, incapaz de apartar la mirada de la tristemente célebre fortaleza real. Shelton corrió a medio galope.

—¿No te he dicho que no bajas la guardia? Venga, no tenemos tiempo para detenernos a contemplar las vistas. La muchedumbre de Londres puede volverse tan cruel como un oso en un pozo.

Me obligué a alejarme y comprobé si mi caballo estaba bien. Cinnabar temblaba con los flancos cubiertos por un sudor fino y resoplaba, pero no parecía que hubiera sufrido daño alguno. La muchedumbre se había abalanzado por un camino ancho, bordeado por una serie de casas y carteles de tabernas que se balanceaban. Mientras avanzábamos, me llevé la mano a la cabeza. Milagrosamente, mi gorro seguía en su lugar.

La muchedumbre por fin se detuvo y comprobé que estaba compuesta por gente normal y pobre. Reparé, perplejo, en un grupo de golfillos descalzos que se colaban de puntillas entre ellos, merodeando como perros. Eran ladrones y, por su aspecto, ninguno superaba los nueve

años. Me resultaba difícil verlos y no reconocer en ellos al desgraciado que habría sido si los Dudley no me hubieran acogido.

El señor Shelton frunció el ceño.

—Nos están bloqueando el paso. Mira a ver si puedes averiguar qué mira esa gente embobada. Preferiría no tener que obligarlos a que nos dejen salir, si podemos evitarlo.

Le pasé mis riendas, volví a desmontar y me colé entre la multitud, agradeciendo por una vez ser de compleción delgada. Me maldijeron, me empujaron y me dieron codazos, pero conseguí llegar hasta la primera fila a fuerza de empujones. Me puse de puntillas para mirar más allá de las cabezas estiradas y atisé una calle sucia por la que pasaba una mediocre comitiva de gente a caballo. Estaba a punto de darme la vuelta cuando una mujer corpulenta que estaba a mi lado se abrió paso, blandiendo un ramillete de flores marchitas.

—Que dios os bendiga, dulce Bess —gritó ella—. ¡Que dios bendiga a Su Alteza!

Lanzó las flores al aire. Y se hizo un silencio. Uno de los hombres de la comitiva a caballo se acercó a su centro, como si quisiera proteger algo —o a alguien— de las miradas.

Entonces, reparé en el caballo veteado que quedaba oculto entre caballos más grandes. Tenía buen ojo para los caballos, de manera que, al ver el cuello arqueado, la ágil musculatura y las pezuñas, reconocí que era de una raza española que muy pocas veces se veía en Inglaterra, y que era más caro que todo el establo del duque.

Entonces alcé la mirada al jinete.

Supe de inmediato que se trataba de una mujer, aunque llevaba una capa con capucha para ocultarse el rostro y las manos cubiertas con guantes de piel.

Al contrario de la costumbre, iba montada a horcajadas, con las piernas enfundadas en botas de montar pegadas a ambos lados del sillín repujado. Era una chica diminuta, sin ninguna distinción aparente, que cabalgaba solo preocupada de llegar a su destino.

No obstante, sabía que la mirábamos y, al oír el grito de la mujer, giró la cabeza. Para mi sorpresa, se quitó la capucha y descubrí una cara larga de huesos finos, enmarcada por una aureola de pelo cobrizo.

Y ella sonrió.